

Un poderoso deseo

Publicado: Sábado, 04 Enero 2020 01:56

Escrito por Rafael María de Balbín



La apertura de nuestra inteligencia hace que tengamos una esfera de intereses amplia, prácticamente ilimitada: somos capaces de buscar ávidamente el placer, el dinero, el aplauso, el poder, la ciencia, el amor

Y no somos fáciles de contentar: después de alcanzar una meta, nos parece insuficiente. Aspiramos a más. Es que somos impelidos, desde el fondo de nuestro ser, por un poderoso deseo, cuya índole frecuentemente olvidamos: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 27).

En esa nativa condición del hombre está la raíz de la dignidad humana, no en que seamos animales evolucionados con facilidad de adaptación al medio, ni simples *recursos humanos* aptos para el desarrollo social, ni productores de tecnología o de cultura. “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado

siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (Conc. Vaticano II. Const. *Gaudium et spes*, n. 1).

De los más variados modos ha expresado el hombre a través de los tiempos y de las culturas sus creencias y prácticas religiosas: ritos, sacrificios, oraciones, códigos de moralidad. El hecho religioso no tiene excepciones, en la ya larga historia de la humanidad. Como **San Pablo** expresaba en el Areópago de Atenas, ante un público ávido de novedades: “El creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en El vivimos, nos movemos y existimos” (*Hechos de los Apóstoles* 17, 26-28).

El deseo de Dios puede ser olvidado, e incluso expresamente repudiado. El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 29) señala diversas causas: la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas, el mal ejemplo de los creyentes, la ideologías hostiles a la religión, el miedo a los requerimientos de Dios...

Hace falta que tengamos una mente abierta sinceramente a la verdad y un corazón recto. Así se hace posible compartir el testimonio de **San Agustín** (*Confesiones* 1, 1, 1): “Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en ti”.

Rafael María de Balbín